

INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta antología es contribuir a la labor de
clase en la materia (Literatura I). Desearíamos seguir acer-
cando a los estudiantes de preparatoria a los grandes escri-
tores y facilitar su acceso a las obras sugeridas por el
plan de estudios.

NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

ROMERO, JOSE RUBEN

José Rubén Romero (1890-1952), nació en Dotija de la Paz (Michoacán, México), ingresó muy joven en las filas revolucionarias. Condenado a muerte tras el fallecimiento de Madero, fue rescatado por su padre. Amigo de Obregón, ostentó altos cargos diplomáticos. Escribió varias novelas sobre la revolución y otras de distinto tema: La vida inútil de Pito Pérez, Anticipación a la muerte, Apuntes de un lugareño, Desbandada, Mi caballo, mi perro y mi rifle, etc.

J. RUBEN ROMERO

NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA.

DESBANDADA

DESBANDADA.

J. RUBEN ROMERO.

ROMERO, JOSE RUBEN

no. Desbandada. Mi capitulo, mi perro y mi rifle, etc.
vez. Anticipación a la muerte. Apuntes de un fugitivo
y otras de distinto tema: La vida inútil de Pito Pérez
tacos. Escribió varias novelas sobre la revolución
dre. Amigo de Obregón, ostentó altos cargos diplomá-
el fallecimiento de Madero, fue rescatado por su pa-
las filas revolucionarias. Condenado a muerte tras
de la Paz (Michoacán, México), ingresó muy joven en
José Rubén Romero (1890-1952), nació en Dorcas

NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA

DESBANDADA

J. RUBEN ROMERO

DESBANDADA.

"No es para vosotros, hombres de -
la ciudad..."

Gorki.

"Y de mí puedo decir que, si algu-
na vez he deseado ser rico, es para
señalar una renta a todos los que me
han leído."

About.

J. Rubén Romero.

PERSPECTIVA.

EL PUEBLO.

Desde la enorme tribuna del Cerro de la Mesa, en donde los plátanos enarbolan sus trémulos banderines, Tacámbaro -- abre todos los gajos de su tierra de promisión. A la derecha, el monte de Caricho levanta su copa de sombrero chinaco, galoneada con la verde toquilla de los pinos; los senderos de Tecario y de Chupio revuélcanse perezosamente en el polvo, sin temor al ajuate de los cañaverales, y la Alberca, como un azul lejito primoroso, brilla entre las encinas centenarias que sirvieron de palio a los amores de Inchátiro y Tacamba. A la izquierda, en primer término, el Cerro Partido muestra sus dos flancos impúdicos, opulentos y fuertes como las posaderas de una mujer, y el Cerro de Machúparo, y el de Caramécuerdo, y el Hueco, y el de la Laguna, ciñen al pueblo con sus fértiles laderas, como niños cogidos de las manos que jugaran en torno suyo a María Blanca, defendiéndolo de un diablo invisible que quisiera forzar los pilares de oro y plata...

Encaramados en la loma dos o tres molinos de trigo abren sus blancas ventanas, como palomares nostálgicos de una errante parvada de pichones, y una docena de trapiches se agazapan en los campos cercanos, con sus chimeneas humeantes, que semejan puros gigantes de fumadores ocultos entre los cafetos.

A los pies de la Mesa, arrancando de la misma falda del cerro, las calles forman una roja escalinata que parece de ladrillo de jarro, y son tan pendientes y quebradas que no pueden transitar por ellas ni las carretas quejumbrosas de mansos bueyes pensativos, únicos vehículos existentes en el pueblo, ni las bestias de carga que los arrieros no se atreven a enfilear por dichos vericuetos, temerosos de que sus tercios emprendan, cuesta abajo, una rápida e imprevista carrera de obstáculos.

Descendiendo por la calle del Patriota se llega a la plazuela del Santo Niño, cuyos viejos portales sirven de zócalo a los indios de Patamba y de Quiroga, impertérritos andarines -- que llegan a Tacámbaro con el huacal sobre los hombros, henchido de cazuelas orejonas, de jarros de labios pellizcados y de ollas ventradas como de perentorio embarazo. En el centro de la plazuela tres mangos brindan su apretada sombra sin que nadie se atreva a guarecerse bajo su espléndido follaje por miedo de recibir en la cabeza una descalabradura. Las gentes pasan por allí más que de prisa, oyendo cómo zumban las piedras en el aire con ruido de hélices invisibles y mirando cómo los chiquillos asaltan las ramas de los mangos y esconden la fruta, aún sin sazonar, en las blusillas desjaretadas. Con estas pedreas los pobres indios que venden loza en los portales viven sobresaltados, igual que las reses paciando en solar ajeno.

La calle de la Abeja desemboca en la Plaza de Arcas, y es tan empinada que las gentes bajan por ella a trompicones, como si las vinieran persiguiendo. Al llegar a la plaza se abre un ancho abanico de luz ante los ojos asombrados, luz en trometida que se cuele por todas partes sin dejar un rincón olvidado; luz que, después de bruñir las plantas del jardín y biselar el agua de la fuente que se despedaza en trozos multiformes cuando las aguadoras zambullen el cántaro, colúmpiase alegremente en los árboles, se descuelga por los balcones del Juzgado y recorta con sus tijeras de plata la silueta de los pilares.

El portal de arriba es la lonja de los comercios más aristocráticos: mercerías, tiendas de ropa cuyos propietarios, españoles o franceses, a fuerza de vivir tantos años en Tacámbaro, ya lo estiman como a cosa propia y tienen sus piques con los vecinos de los pueblos cercanos por aquello de que si Tacámbaro es más o menos.

Por fuera de los comercios grandes tienden los barileros sus múltiples baratijas: órganos de boca, anteojos ahumados, peines, navajas del arbolito, y con más paciencia que Job, a quien no se le ocurrió esta meritoria disciplina, dan comienzo desde media tarde a la tarea de levantar los puestos, envolviendo, uno por uno, cada botón de su ancheta y acomodan

do cada matatena de vidrio en el hueco que le corresponde.

Atraen a los chiquillos con sus rajadas de calabazate, sus confites de anís pintarrajeados de azul y oro, propios para celebrar con ellos un alegre carnaval dentro del intestino y sus mazapanes de pepita, las mesas de dulces que estorban el paso entre pilar y pilar e interceptan la entrada de la farmacia de Emiliano, a quien por su color amarillento, se conoce por *La Muerte en Vinagre*.

Es muy pintoresco el tránsito por el portal de arriba, - lleno a toda hora de vendedores y marchantes, de rancheros curiosos y de tinterillos desocupados que salen a tomar el sol. Parece que Ollendorff pasó por este sitio, captando los diálogos que en él escuchara:

- Siete reales por el rebozo...
- Se me quemó la miel...
- Una aguja de arria...
- El código así lo previene...

Y saliendo del fondo oscuro de la tienda de *Chacapóndiro*, la quebrada voz de un fonógrafo: *Ven a mis brazos, morena...*

En el portal de abajo está la botica de Brunito, en donde hacen su tertulia los liberales de hueso colorado que viven en el pueblo, amén de todos los *pintos* que vienen de Tierra caliente para ver si Brunito les cura la *jiricua* con la manteca de iguana que él tan hábilmente adoba, recomienda y prepara.

En este mismo portal ofrecen los jarcieros la fauna extravagante de sus mercancías: gruesas reatas que parecen culebras; pitas enroscadas que dan el aspecto de solitarias puestas en alcohol; bozalillos de crin, como ciempiés mortíferos, y las membranas transparentes de los más finos *huangoches*. Los cordeles colgados de las puertas parecen trenzas rubias y los sudaderos de estopa quizá despierten la envidia de las recuas de carga, mustias y doloridas de carona. Como un pelotón de soldados del cual no se vieran más que los pies, se alinean en el piso filas y filas de zapatos de becerro crudo

que los rancheros se prueban con grande esfuerzo, al aire libre, untándose jabón en los talones.

-¿Los quiere con *rechín*?

-Sí, *p'que* María me conozca al *pasiarle* la calle.

Complétase este lado de la plaza con otro pequeño portal, viejo y ruinoso, en el que vive don Ponciano Manuel, un francés que casó con señora rica del pueblo y que ama a Tacámbaro hasta parodiar a Enrique IV, repitiendo muy a menudo:

-¡Tacambagó, bien vale una misa! —Y agrega este pintoresco estrambote, tan habitual en sus labios como su inveterada tagarnina—: ¡Calaco!

Frente a la casa de don Ponciano, y mirando al callejón del Tulipán, existe un poyo de cantera en el que solía sentarse, hace ya más de un siglo, un hombre moreno, de abundante papada y ojos tristes, envuelto en un guardapolvo marchito y tocado con un pañuelo de pringas rojas. Mientras sus dedos chatos mondaban una limanaranja, con la vista fija en el horizonte, parecía contar los cerros de Tierra Caliente, apaceniéndolos desde lejos como el hatajo en sus mocedades. Los vecinos que pasaban por la banqueta frente al hombre del guardapolvo desteñido se descubrían reverentes y comentaban en voz baja: "Es el padre Morelos, que va para su curato de Carácuaro."

Entre la plaza y la parroquia se agazapan los puestos del mercado, que semejan mulitas de Corpus desaparejadas y dispersas.

El portón gris del templo que sirvió de blanco a las culebrinas valonas, cuando Régules emuló gallardamente a Guzmán el Bueno, parece un abuelo achacoso, cacarizo y mutilado, que se obstina en contarnos sus recuerdos. Y en guardia, junto a la puerta mayor de la iglesia, dos árboles enlazan sus ramas igual que pareja de novios que corre a casarse: un sabino enhiesto que baja hasta allí de la sierra con su escolta de pinos y de cedros olorosos y una *parota* de amplia y femenina catadura, iniciación perezosa y sensual de la zona tórrida.

Cerca de la parroquia está la cárcel, con sus puertas de gruesos barrotes ferrados que cuadriculan las caras amarillas y tristes de los reclusos.

La capilla del hospital sirve de *huatapera* a los indios y en este sitio, como en un congreso, dirimen sus cuestiones todos los naturales del pueblo y se insultan con los más fuertes vocablos españoles. Pero para rezar y contarle a la Virgen sus cuitas, al son de la melancólica *chirimía*, emplean solememente el dulce tarasco nativo, con el zigzag de su armoniosa fonética.

El panorama se completa con tres o cuatro barrios que han tomado sus nombres de comercios muy conocidos: La Bola Roja, La Palanca, El Marinero y La Campana.

La Bola Roja se enorgullecía con sus huertas de árboles compactos que se derrengaban al peso de la fruta y que el tifus de la guerra peló sin compasión, con las tijeras del general Prado y Tapia, para que las guarniciones federales pudieran dormir al abrigo de un albazo de los rebeldes. Los árboles, ahora desprovistos de todo follaje, parecen cruces de un cementerio abandonado.

En el barrio de La Palanca abundan los mesones, esas típicas hospederías de pueblo que diríanse fundadas por Francisco de Asís para hermanar al hombre con la bestia. Todos tienen los mismos patios, llorosos de luna; las mismas rebosantes atarjeas, a cuyo borde se enfilan las recuas como los señoritos en un bar; en todos se respira olor idéntico a pastura y a coraje sudado; de los macheros sale la misma música de rebuznos, silbidos e interjecciones, y en todos ellos flamea como un buen capote de brega el zagalejo de Maritornes, tan dadivosa de su carne en la íntima comunión de los arrieros.

El Marinero es barrio peligroso, mancillado por todos los vicios. Mujeres de la vida alegre viven allí su vida de tristezas y hombres con fama de perdidos endulzan su existencia con *amargo* de cidra. Pleitos a toda hora, rasgueos de guitarras, carreras y gritos. Sin embargo, los mendigos que imploran la caridad pública encuentran en estos alborotados callejones un mendrugo de pan o un *taco* del paradójico principio más fácilmente que en la plaza donde viven los ricos. No

hay gentes más caritativas que el ladrón y la prostituta, quizá para contrarrestar su propio pecado.

Por el barrio de La Campana suben las vacas lentamente, a esa hora en que el crepúsculo ilumina el paisaje con sus lámpices de colores. Caminan sin pastor y sin guía, todas conocen su casa, y como no tienen prisa para llegar a ella, husmean pachorrudas detrás de las bardas, se asoman a todas las puertas, mirando con impertinencia de personas miopes, y no paran de mover las mandíbulas, lo mismo que esas gentes chocantes que mastican chicle.

Aquí quede Tacámbaro visto a vuelo de pájaro.

¡Sobre las rojas tejas que con la lluvia huelen a jarrito nuevo; sobre los campos moteados de azucenas, sobre el divino espejo de la Alberca en donde los siglos peinan sus cabelleras grises; sobre los trapiches crueles que lo mismo chupan la sangre del peón que la miel de la caña, se extiende este cielo maravilloso de Tacámbaro como un cortinaje de zafiro, y en las noches tranquilas, claveteado de estrellas, parece un arnero infinito por donde se filtra la luz de otros mundos!...

LA FAMA,

tienda de ropa y abarrotes

Mi tienda ocupa el local más acreditado del pueblo, según dicen los conocedores, y por conocedores se pueden tomar desde los niños de ocho años hasta los viejos octogenarios que todavía platican de Maximiliano y de Carlota como de personas a quienes saludaron ayer. Mi tienda está muy bien situada, digo, y así lo afirman todas las gentes con esa grande autoridad con que se discuten estas cosas en los pueblos, en donde no hay más que dos actividades de peritaje reconocido: el comercio y la agricultura.

Hasta los chicos que van por la calle dialogan en esta forma: